

Sr. D. Manuel de Irujo

Paris

Querido Don Manuel: Muchas gracias por su carta, bien expresiva y fraternal. Como usted supone ¿quién no habrá yo pensado y sentido ante la muerte de mi hijo! El hombre es el único animal sabedor de que un día u otro habrá de morir, pero yo no había pensado que, tratándose de mi hijo, ese día estuviera tan próximo.

Hay que morir alguna vez; es verdad; pero año tras año mi hijo venía semanalmente desde Eibar para pasar siete horas del domingo en la habitación de su padre, y ya no sentiré, a eso de las diez de la mañana, abrirse indefectible y cuidadosamente la puerta de mi cuarto.

A los ochenta años comprendo que soy un superviviente, que he llegado a una edad en la que nos acechan sucesos como éste: la muerte de los que más queríamos, la desaparición de nuestros contemporáneos y, finalmente, nuestra propia eliminación.

02
Mi dolor es, pues, el precio de la supervivencia, el castigo de haber llegado a demasiado viejo.

Reciba, querido Trajo, un fuerte abrazo de este sincero amigo que tanto le agradece su expresiva condolencia.

Felipe Urcola

Herdage, 5 Marzo 1975

Informado por usted, me escribió Pedro Mari una carta que agradezco mucho.